

cultura

Padre de la antropología moderna

El anuncio del fallecimiento de Lévi-Strauss conmociona a Francia

Sus obras de etnología le sitúan como uno de los pensadores clave del siglo XX

ANTONIO JIMÉNEZ BARCA
París

Dedicó toda su vida a explicar y a explicarse el mundo desde la antropología. Y con sus obras lúcidas y sensibles iluminó la Francia de la segunda mitad del siglo XX. Hasta que la madrugada del domingo pasado el filósofo y antropólogo francés Claude Lévi-Strauss, pensador clave del siglo XX, falleció, cuando estaba a punto de cumplir 101 años. Su muerte se hizo pública ayer, y causó una enorme conmoción en Francia, después de que se celebrasen sus exequias en Lingerolles, en la Costa de Oro. “Hace dos años se rompió el fémur; desde entonces estaba muy fatigado, ha muerto de la edad”, aseguró Philippe Descola, su sucesor en el Colegio de Francia.

Había nacido en Bruselas en el seno de una familia de intelectuales franceses de ascendencia judía. Su padre era pintor. Él se inclinó por la filosofía. Desde 1935 a 1939 residió en Brasil, pasando grandes periodos de su vida alojado en las tribus amazónicas de los bororo y los nambikwara. Esa experiencia serviría para revolucionar para siempre los principios y los métodos de la antropología.

Tras su estancia en Brasil volvió a Francia. Fue movilizad. En la *línea Maginot*, mientras servía como oficial de enlace y como intérprete de inglés, intuyó el secreto del estructuralismo, la ciencia que iba a modificar el estudio de las disciplinas humanas, según él mismo explicó: “Mientras esperábamos una batalla que no comenzaba, observé con detalle cómo, detrás del aparente azar de la belleza de un campo de flores, existía una organización estricta en cada una de ellas”.



Claude Lévi-Strauss, en una calle de París en 2005. / DANIEL MORDZINSKI

Tras la invasión, huyó del régimen de Vichy a Estados Unidos. Allí, en Nueva York, conoció al lingüista Roman Jakobson, cuyo trabajo sobre las lenguas le impresionó. Bajo esa luz nueva completó el método estructuralista, el que había intuido en el frente de la II Guerra Mundial. En 1959, ya en Francia, es nombrado catedrático de Antropología Social del Colegio de Francia, cátedra que ocupó hasta su jubilación, en 1982.

Mientras tanto, habían empezado a sucederse obras destinadas a cimentar un pensamiento determinante del siglo pasado: *La vida familiar y social de los indios nambikwara*, *Estructuras elementales del parentesco*, los cuatro volúmenes de *Mitologías*, *El camino de las máscaras* y *La mirada lejana*, entre otros.

En 1954 publicó un libro especial, a caballo entre el estudio científico y el relato de viajes. Se titulaba *Tristes trópicos*, y en él se descubre a un viajero preocupado ya por la deriva de la destrucción medioambiental del planeta, así como a un escritor lúcido y sensible. En 1973 se convirtió en el primer etnólogo en entrar en la Academia Francesa. Un colega de institución, el escritor Jean d'Ormesson, le definió como “una persona a la que espartaba toda afectación, de una sabiduría interminable”.

El año pasado, para conmemorar el centenario de su nacimiento, Francia le rindió una serie de homenajes que recordaron su altura intelectual.

Ayer, toda Francia volvió a recordar a este sabio que vivió un siglo entero y que comenzó su libro más famoso, *Tristes trópicos*, con una frase célebre: “Odio los viajes y a los exploradores”.

Academia e imaginación

JOSÉ MARÍA RIDAO

Claude Lévi-Strauss forma parte del reducido grupo de intelectuales que marcaron de manera decisiva el pensamiento del siglo XX. Los orígenes de su aportación hay que buscarlos, sin duda, en su dedicación a la antropología. Pero, lejos de circunscribir sus investigaciones a esta disciplina, acertó a transitar desde muy pronto entre el ámbito de las doctrinas científicas y las observaciones sobre el terreno, contribuyendo a enriquecer y a transformar unas y otras. Tomó de la lingüística estructural de Saussure la interpretación de la lengua como sistema, y la aplicó a la cultura de los llamados pueblos primitivos. Pero no fue la única fuente teórica de la que bebió: según su propia confesión, sus fundamentales trabajos antropológicos no hubieran sido lo que fueron sin la lectura de Marx y Freud.

Tal vez la trascendencia y la originalidad de la obra de Lévi-Strauss radique en que ilumina la realidad contemporánea en múltiples direcciones, con independencia de las distancias geográficas. Lo hace con respecto al conocimiento de los pueblos cuyas relaciones sociales y universos simbólicos estudia, como los nambikwara o los bororo. Pero lo hace, además, con respecto a la cultura de la que él mismo parte como investigador. Las fronteras entre el observador y lo observado, según muestra Lévi-Strauss, son menos concluyentes de lo que se pensó durante siglos, lo mismo que las que separan magia, mito y ciencia. Estudiar a los pueblos llamados primitivos no es sólo una vía para ampliar el conocimiento en abstracto, sino también un procedimiento para comprender mejor la propia realidad.

Talento literario

Lévi-Strauss abordó sus trabajos con el género de rigor que exige la academia, pero también, y sobre todo, con una imaginación capaz de poner en relación datos y experiencias en apariencia muy distantes. A ello unió un rasgo frecuentemente desatendido por sus comentaristas: un excepcional talento literario. Si la lectura de obras como *Antropología estructural* o *Estructuras elementales del parentesco* es una tarea ardua, libros como *Tristes trópicos*, *El pensamiento salvaje* o *Raza e historia* producen la rara satisfacción de entrar en contacto con fecundas hipótesis sobre las convenciones últimas sobre las que se funda la vida humana tal y como la conocemos.

Su obra constituye uno de los eslabones más indiscutibles de la mejor tradición del pensamiento universal, que retoma cuanto se produjo de valioso antes de él y lo pone a disposición del futuro. Su vida abarcó la totalidad del siglo XX, el mismo que, hoy, no puede ser cabalmente comprendido sin su trabajo.

La finura de un científico

XAVIER RUBERT DE VENTÓS

Vivía en un tercer piso, pero esperó a que Teresa Sala y yo saliéramos por la puerta de la calle para saludarnos desde su ventana. Lo que para muchos son las “formas” del trato y de la cortesía eran para Claude Lévi-Strauss una manera de ser, un modo natural de comportarse. No pudo viajar a Barcelona para recoger el Premi Internacional Catalunya 2005, pero se desvivió para que pudiéramos llegar a realizar la ceremonia de entrega en el Gran Salón de l'Académie Française, en París. Su discurso al recibir el premio, a la vez tenso y sereno, se me antojó una preciosa traducción del unamuniano concepto trágico de la vida en el moderno concepto entrópico de la misma. Lévi-Strauss ha sido el último de los grandes pensadores que nos enseñó una manera de mirar ante la que uno se preguntaba: “¿Cómo es que no se me había ocurrido antes?”. Recuerdo la iluminación que sentí al oírle decir que eso que llamamos la Historia no era sino una manera de recortar el pasado (digamos de medio en medio siglo). Utilizando una malla más amplia (di-

gamos de mil en mil años) se nos transformaba en algo así como en Geología; al fin y al cabo la invasión de los pueblos bárbaros no fue algo tan distinto a la deriva de los glaciares. Si, por el contrario, nos aplicábamos a un recorte más y más fino (de día a día), la historia se nos hacía esa *petite histoire* de la nariz de Cleopatra que hoy parece culminar en programas como *Corazón corazón*.

Contra una arraigada tradición francesa, no creía que para entender un fenómeno concreto hubiera que separar lo sensible de lo inteligible, lo natural de lo cultural. Trató, por el contrario, de elaborar una lógica de lo concreto siguiendo el principio wittgensteiniano del “no separar lo duro de lo blando sino encontrar lo duro en lo blando”. Una lógica que buscó en todo aquello que no ha precipitado aún en forma de enunciados, axiomas o preposiciones; una lógica fría que opera con las categorías polares alto / bajo, crudo / cocido, etcétera. Es a partir de ahí que estudiaba las formas de oposición y transformación de los mitos primitivos o modernos siguiendo un conocido mandato platónico: hay que analizar las cosas siguiendo la lógica de sus propias articulaciones.

Parece a menudo como si las cosas trajeran ya su mirada incorporada. Observamos los cuadros con intención “estética”, los artefactos con miras “prácticas”, los miembros del otro sexo con fantasías “eróticas”... Parece que cada objeto de nuestra atención nos llegue ya codificado por la mirada que le corresponde. Pero es precisamente fuera de esa dimensión codificada de las cosas donde a menudo se revelan sus aspectos más insólitos e interesantes. Lévi-Strauss tuvo el genio de introducirnos en esta visión otra que nos lleva a apreciar la poesía de un texto filosófico... y la filosofía de un poema; la economía del razonamiento, ... y la belleza de una demostración matemática o la geometría de un cuerpo bello.

“¡Pero si lo único que yo he intentado —me decía— es introducir un cierto rigor en las ciencias sociales!”. Hoy podemos despedirle agradeciéndole que introdujera también un poco de sensibilidad, de imaginación y de finura en las ciencias más rigurosas. La misma finura con la que nos despedía desde su ventana del tercer piso en la Rue des Marronniers.

Xavier Rubert de Ventós es filósofo.